

¡Ah! ¡cuándo llegaban!

¡Las setecientas rupias del pasaje; lo bastante para salvar á la mujer y al niño y permitirle hacer público su matrimonio!... ¡Todo llegaba entonces!

Ricardito lanzó una carcajada salvaje que no pudo dominar; lúgubre, turbulenta explosión de alegría, que pareció que iba á matarle.

Cuando logró dominarse, dijo secamente:

—Estoy cansado de trabajar.—Ya soy viejo; es tiempo de que me retire, y me retiro.

—Este chico está loco—murmuró el jefe. Creo que tenía razón; pero como Ricardo no volvió jamás, la duda sigue en pie.



UNIDO Á UNA INFIEL

Yo me muero por tí, y tú te mueres por otro.

(Proverbio indio.)

CUANDO el vaporcito el *Gravesend* se alejó dulcemente del trasatlántico de la Compañía Peninsular y Oriental que marchaba á Bombay y retrocedió á la ciudad, muchos lloraban en él; pero quien más ruidosamente lo hacía era Miss Agnes Laiter.

Y tenía razón, porque el único hombre que había amado y que, según afirmaba, podría amar, salía para la India; país que, como todo el mundo sabe, se divide por igual entre bosques, tigres, culebras, cólera y cipayos.

Phil Garron, recostado sobre la amura del barco, y aguantando la lluvia, era también muy desgraciado; pero no lloraba.

Le enviaban *al té*, y aunque no tenía ni la más remota idea de lo que esto quería decir, se imaginaba que iba á pasear jinete en un soberbio caballo, cruzando las colinas cubiertas con el árbol del té, y que por eso tendría un espléndido sueldo.

¡Cuánto agradecía á su tío que le hubiera proporcionado aquel empleo!

Iba á reformar sus costumbres relajadas y ruinosas, á economizar, á ahorrar todos los años una parte de su espléndido sueldo, á fin de volver al poco tiempo á casarse con Agnes Laiter.

Garron había estado durante tres años hecho un perdido en unión con sus amigos, y, ¡naturalmente! como no tenía nada que hacer, se enamoró.

Era muy amable, pero sin firmeza de opiniones ni de principios, y aunque jamás tuvo rozamientos con sus amigos, éstos se alegraron mucho cuando se despidió de ellos para ir á su misterioso trabajo del té, cerca de Darjiling.

—Dios te bendiga, querido, y que no volvámos á verte más—le dijeron—ó por lo menos supone Garron que quisieron decirle.

Cuando se embarcó, llevaba formado un plan para demostrarse á sí mismo que era cien veces mejor de lo que las gentes creían: trabajar como un caballo y casarse ostentosamente con Miss Laiter.

Tenía muchas cosas buenas además de su buena presencia; su única falta consistía en ser débil, defecto muy insignificante en este bajo mundo.

Poseía tantas nociones de economía como el *Morning Sun*, y no se podía decir que fuera en nada un sér extravagante ó vicioso.

Nadie podía acusarle de ningún vicio, pero era antipático y tan dúctil como una pella de pasta.

Agnes, cuya familia no estaba contenta con el noviazgo, volvió á sus obligaciones caseras, con los ojos encendidos, mientras Phil navegaba hacia Darjiling, «un puerto del océano de Bengala», según decía la señora Garron á sus amigos.

Phil se hizo bastante popular á bordo, trabó muchas amistades, gastó moderadamente en bebidas espirituosas, y desde todos los puntos de escala escribió cartas inacabables á su prometida.

Por fin cayó en la plantación situada entre Darjiling y Kangra, y aunque el sueldo, el caballo y el trabajo no eran en absoluto lo que se había imaginado, logró salir adelante bastante bien, y se concedió á sí mismo un crédito, quizá excesivo, por su perseverancia.

Con el transcurso del tiempo, y á medida que iba ajustándosele el yugo, y el trabajo se aseguraba, y crecía, el recuerdo de Agnes se borraba de la memoria. Sólo cuando estaba descansado, reaparecía en ella, y el hombre descansaba rara vez.

Durante semanas enteras se olvidó de cuanto tenía relación con Miss Laiter, y, cuando la recordaba, se estremecía, como un muchacho de la escuela que ha olvidado estudiar la lección.

Ella, en cambio, pensaba siempre en él; era de esos seres que jamás olvidan.

Pero otro hombre, joven y apetecible, se presentó.

Las probabilidades de casamiento con Garron seguían siendo muy escasas; las cartas de éste no resultaban completamente satisfactorias; las presiones domésticas pesaban sobre la muchacha; el joven presentado era real-

mente una persona aceptable por sus rentas, y el resultado de todas estas cosas fué que Agnes... se casó, y escribió á Garron una carta tempestuosa como un torbellino, diciéndole que ya no tendría un momento de felicidad en la vida: fué profeta.

Phil recibió aquella carta y la juzgó injusta. Hacía entonces dos años que había salido de Inglaterra.

Recordando la intensidad de sus pensamientos amorosos consagrados á Agnes Laiter; contemplando la fotografía que ella le regaló; dándose golpes, aunque con suavidad, en la nuca, por ser uno de los más constantes amadores de la historia, y pensando en el ardor con que se lanzó al trabajo, creyó que, en realidad, había sido infamemente engañado, y se sentó y escribió su última carta.

Carta patética; de esas que parece que anuncian el fin del mundo, diciendo que sería fiel hasta la eternidad, que todas las mujeres eran iguales, que ocultaría los pesares de su destrozado corazón, pero si en lo porvenir... etc., etc.

Ofrecía esperar... etc., etc.

Su amor era invariable. Si ella se acordaba

alguna vez de su antigua pasión... etc., etc. Y en esta forma llenó hasta ocho carillas de renglones muy apretados.

Desde el punto de vista artístico era un buen trabajo, pero cierto vulgar *Filisteo* (1) que conocía el verdadero estado de los sentimientos de Garron, muy otros de los que en su carta aparecían, dijo que aquella era la labor más falaz y más refinadamente egoísta que podía realizar un hombre débil.

La carta hizo muy desgraciada á Agnes Laiter: lloró, la guardó después en su pupitre y... fué la señora de otro por complacer á su familia, cumpliendo así la primera obligación de toda doncella cristiana.

Phil siguió en sus trabajos y no pensó en la carta más que como un artista contento de su obra.

Sus cosas no iban mal, pero no fueron bien del todo hasta que le llevaron á tropezar con Dunmaya, la hija de Rajput, ex-*Subadar-Major* (2) del ejército indígena. La muchacha

(1) Los estudiantes alemanes é ingleses llaman filisteos á los que en España suelen llamarse camastros y hombres de gramática parda.—(N. del T.)

(2) Comandante indígena.—(N. del T.)

tenía algo de sangre de las montañas en sus venas.

Donde tropezó Garron con ella y cuando oyó hablar de ella, son cosas que nos importan poco.

Dunmaya era una chica buena, hermosa, muy inteligente y astuta, aunque un poco áspera.

Conviene recordar que Phil vivía con muchas comodidades, pero sin permitirse el más pequeño lujo y sin jugar ni un *anna*.

Estaba satisfecho de sí mismo y de sus buenas intenciones, é iba abandonando paulatinamente á todos sus corresponsales ingleses, considerando más y más cada día aquella tierra como si hubiera nacido en ella.

Á muchos les acontece lo propio y después no se ocupan de tal cosa.

El clima del punto donde estaba era bueno, y esto hacía que no sintiera la necesidad de volver á Inglaterra.

Llegó por fin á lo que muchos plantadores habían llegado antes que él: á acostumbrarse á la idea de tomar por esposa una montañesa.

Tenía entonces 27 años, con el porvenir,

por lo tanto, de una vida larga, pero con falta de alientos para trabajar hasta el fin.

Se casó, pues, con Dunmaya, según los ritos de la iglesia anglicana, y unos plantadores le llamaron tonto y otros sabio.

La montañesa era una muchacha honrada, y, á pesar de su respeto reverente por un inglés, valuaba de un modo bastante razonable las debilidades de su marido.

Le manejó dulcemente, y en menos de un año llegó á ser una imitación muy aceptable de las señoritas inglesas, en trajes y carruaje.

Es verdaderamente curioso el hecho de que un hombre de las montañas, después de educado, sigue siendo lo que era, mientras una muchacha, en seis meses, logra adaptarse á todos los usos y costumbres de sus hermanas inglesas.

Una vez había una mujer indígena... pero este es otro cuento.

Dunmaya se vestía preferentemente de negro y amarillo, colores que le sentaban muy bien.

Mientras ocurrían todas estas cosas la carta seguía durmiendo en el pupitre de Agnes, y ésta pensaba siempre en el pobre y constante

Phil, que estaba soportando rudos trabajos entre serpientes y tigres en Darjiling, alentado sin duda por la vana esperanza de que acaso algún día pudiera ser suya.

El marido de Agnes valía por diez Garron, pero tenía reuma al corazón.

Tres años después del casamiento y de haber ido á Niza y Argelia, buscando alivio á sus dolencias, llegó á Bombay y murió allí, dejando á Agnes libre.

Esta, á fuer de mujer devota, vió en aquella muerte, y en el lugar en que había ocurrido, una directa intervención de la Providencia.

Por eso, cuando se repuso del golpe, cogió la carta de Phil, leyó de nuevo aquellas... etc., etc., y aquellos atrevimientos grandes y chicos, y la besó repetidas veces.

Nadie la conocía en Bombay.

El marido la había nombrado heredera de su caudal, por cierto muy bueno.

Phil Garron estaba muy cerca de allí, y aun cuando la cosa era incorrecta é impropia, decidió, como las heroínas de las novelas, buscar á su antiguo amor, ofrecerle su mano y su dinero y pasar con él el resto de la vida

en cualquier rincón, lejos de la antipática sociedad.

Dos meses permaneció en el hotel Watson elaborando su proyecto, y el cuadro le resultaba muy bello.

Partió, al fin, en busca de Phil, empleado en una plantación de té cuyo nombre era difícilísimo de pronunciar.

Le encontró al cabo de un mes, porque la plantación no estaba en el distrito de Darjiling, sino muy cerca de Kangra.

Garron se conmovió poco, y Dunmaya fué muy buena para ella.

La vergüenza y el pecado de esto están en que Phil, que no se merece á ninguna de las dos, era y es amado por Dunmaya, y más todavía que amado, adorado por Agnes, que parece reconcentra en él toda su vida.

Y lo peor de todo estriba en que Dunmaya está haciendo de él un hombre decente, y, gracias al tratamiento que emplea, acabará por evitar su perdición.

Cosa evidentemente injusta.



WRESSLEY

Todo por su amor lo hice
y ella ¡falsa! me olvidó.
Libré á Dumeny; di muerte
al jefe del Tarrant Moss,
aun cuando por ellos tuve
provecho y reputación.
¡Cuánto lamento el fracaso!
Di el rudo golpe en honor
de aquella que me engañaba;
no de los hombres del Moss.

(Tarrant Moss.)

UNA de las muchas desgracias de nuestra vida en la India es la falta de atmósfera para la pintura. Las medias tintas no pueden tomarse en cuenta: apenas existen.

Los hombres se destacan en crudo, descarnados, sin matices que les rebajen ó eleven. Trabajan, concluyendo por creer que no hay nada más que su trabajo ni nada que á ese trabajo se iguale, y que ellos son realmente